

La línea central

Por Octavio PAZ

*En medio del corazón la misma
línea central para desear y pensar.*

—H. MARTINSON

Mi amigo Zekeli me pidió que escribiese unas cuantas páginas de presentación, al frente de nuestro libro. Digo "nuestro" sin mucha convicción. Aunque he colaborado con él cerca de dos años, revisando una y otra vez cada poema, Zekeli es el autor de la selección y las notas. * Esta circunstancia, para no hablar de la más grave: mi ignorancia de la lengua en que fueron escritos los poemas, habría justificado mi negativa. Acepté, sin embargo. No es imposible adivinar la razón: la complicidad. Empleo sin rubor esta palabra. A mi parecer es la única que designa con precisión la sociedad secreta de la poesía en nuestra época. Todas las otras, desde camaradería hasta fraternidad, son propiedad de las Iglesias, los partidos, los gobiernos y las sectas. Dentro de ciertos límites nuestro mundo tolera el ejercicio de la poesía pero no lo considera como una actividad legítima, es decir, productiva. Nada más natural que llamar cómplices al poeta y al lector de poemas: los une una pasión que la mayoría y sus jefes no comparte y que con frecuencia reprueba.

Si las pasiones fuertes son las pasiones lúcidas, este libro ha fortificado mi pasión en la medida en que me ha hecho reflexionar con mayor claridad sobre la universalidad de la poesía. El poema es lenguaje, pero lo es con tal intensidad que salta por encima de las barreras de los idiomas y se transforma en una suerte de ideograma. *Vemos un poema; leemos un texto en*

* Agradezco la ayuda que me prestó Jean-Clarence Lambert, introductor de la poesía sueca contemporánea en Francia, en la revisión de las traducciones.

- *La Imprenta Universitaria publicará próximamente, dentro de la Colección Poesía y Ensayo, Cuatro poetas suecos de Paz y Zekeli. En las siguientes páginas presentamos el prólogo y algunos de los poemas que integran esa colección.*

prosa. Tal vez esta distinción aclare nuestras intenciones. Este libro no pretende "informar" ni enseñar nada sobre la literatura de Suecia. Aspira a ser libro de poesía. Lo hicimos por el placer de hacerlo, sin que nos guiase ningún propósito "cultural" o educativo. Nos decidimos a publicarlo porque no hay nada más humano que el deseo de compartir un placer. ¿Pero es necesario justificar la aparición de un volumen de poemas?

Me imagino que para la mayoría de los hispanoamericanos la palabra Suecia evoca, ante todo, la idea de norte. Al menos eso es lo que a mí me sucede. Norte: uno de los puntos cardinales. Un signo de orientación segura. *Tener un norte* es saber hacia dónde se va, contar con una indicación clara. Para nosotros el norte tiene cierta preeminencia moral; sugiere fuerza de voluntad, tenacidad, rectitud de propósito, marcha hacia una meta, idealismo. Sólo el oriente le gana en significación espiritual. Temo que estas ideas, en lugar de acercarnos a la poesía de Suecia, nos alejen. Son algo peor que un error: un lugar común. Desvanecerlo será comprobar que la poesía, precisamente por ser una actividad central del espíritu humano, no pertenece a ningún lugar determinado.

Los puntos cardinales son una de las invenciones más ingeniosas del hombre. Su utilidad es manifiesta: nos sitúan, señalan dónde estamos y hacia dónde vamos. Son cuatro puntos fijos, plantados en el espacio. Pero se trata de una fijeza ilusoria. Unos cuantos pasos hacia adelante o hacia atrás son suficientes para cambiarlo todo: lo que estaba al norte queda ahora al sur de mis ojos. Los cuatro puntos se mueven con nosotros y, lejos de estar fijos en un sitio, están en todas partes. O en ninguna. Ni siquiera son cuatro. Entre sur y oeste hay un infinito número de puntos: una infinidad de caminos equivocados. Quizá por



"aquí en este silencio que borra el linde"



"todos vivimos en la misma ciudad"

eso los aztecas y otros pueblos, más cuerdos que nosotros, creían que los puntos eran cinco: norte, sur, este, oeste y centro. Las cuatro direcciones se movían y, al moverse, cambiaban la coloración y el significado del caminar humano; el centro, igual a sí mismo siempre, era el eje del universo.

La dificultad consiste en encontrar ese centro. Nos movemos cada día con mayor velocidad y así nos extraviarnos con mayor rapidez. ¿Sabemos en dónde estamos? Nadie podría decirlo. Y por eso nadie sabe hacia dónde vamos. Ciertamente, leemos las mismas noticias, utilizamos los mismos artefactos, vemos las mismas películas: todos vivimos en la misma ciudad. ¿Dónde está esa ciudad? Nuestros pequeños departamentos son más grandes que el desierto para el árabe. Lo desconocido nos rodea, aunque sepamos el nombre de todos nuestros vecinos, porque no estamos seguros ni de nuestra propia identidad. ¿Quién no se ha sorprendido al descubrir que el rostro de ese extraño, reflejado en la vitrina, entre el gentío, era el suyo? Perder la identidad significa extraviarse en uno mismo. No "perder el norte" sino el centro, el punto fijo. Hoy podemos ir a todas partes pero cada sitio es ninguna parte. Recobrar la orientación del movimiento, restablecer la armonía de las cuatro direcciones y de los tres tiempos, saber en dónde estamos y adónde vamos: quietud, regreso al punto de intersección. Hemos tenido demasiados guías. Desconfío de los hombres y de las obras que pretenden mostrarnos el camino recto. Cada uno de esos caminos termina en un muro o en un desfiladero. Lo que necesitamos los hombres modernos es aprender a quedarnos quietos. Le pido a la poesía que nos haga, así sea por un instante, coincidir con nosotros mismos.

A pesar de lengua y tradición comunes, los cuatro poetas que aparecen aquí están tan alejados entre sí como los cuatro puntos cardinales. Cada uno de ellos prosigue una aventura distinta y sus obras apuntan hacia direcciones divergentes. Nada los une, excepto su relación con un centro magnético. Se trata, por tanto, de una oposición complementaria. Signos en torno a un punto fijo, sus antagonismos son armónicos y forman un todo coherente: una poesía con carácter propio, un lenguaje. Cada poeta sigue su camino; y todos esos caminos son tentativas por llegar al centro sin nombre, al lugar de reconciliación de los cuatro elementos. Ninguno coincide con el centro porque jamás ningún poeta, ningún hombre, ha coincidido plena y permanentemente consigo mismo y con la realidad. Tal vez algún místico, algún sabio. No lo sabemos: la sabiduría es, por esencia, silencio. Nosotros debemos contentarnos con fugaces encuentros, iluminaciones instantáneas. Es poco pero es suficiente. No resistiríamos más. Cada obra, si de verdad es obra, nos deja entrever esa totalidad. Una totalidad que siempre está más allá de nosotros y de las palabras que la nombran. Por eso siempre me ha parecido inexacta la distinción entre forma y contenido. Los poemas no contienen poesía: son buenos o malos conductores de poesía. Esta propiedad nos permite, así sea a través de una traducción, sentir la corriente poética que emite el original. En efecto, sería una imperdonable ligereza de mi parte juzgar las obras poéticas de Harry Martinson, Artur Lundkvist, Gunnar Ekelöf y Erik Lindegren. No lo es señalar aquellos pasajes de sus poemas que me dieron la sensación de *contacto* con ese centro, origen y fin del movimiento, que identifiqué con la poesía.

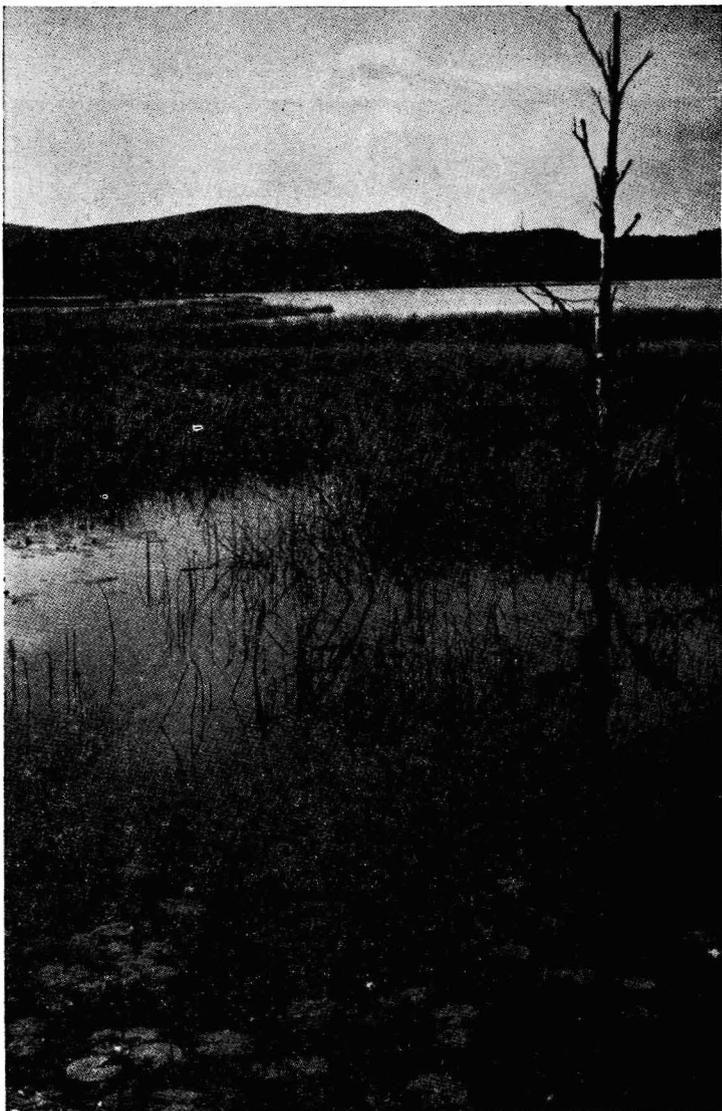
Martinson es un poeta viajero. Algunos de sus poemas relatan experiencias de viajes reales; otros, para mi gusto los mejores, son viajes hacia dentro — no de sí mismo sino hacia el interior de la realidad. Viajamos para alejarnos de nuestra tierra natal o para regresar a ella. Martinson nunca la abandona; mejor dicho, ella lo sigue por todas partes. El misterio o el asombro no están lejos, en mundos desconocidos. La verdadera desconocida es esa presencia familiar, íntima y, sin embargo, remota, que vemos todos los días. Me parece que este poeta busca en sus viajes, en sus poemas, recobrar esos instantes en que nuestra mirada coincide con esa presencia. Momentos de reconocimiento más que de conocimiento, en los que la realidad se presenta desnuda.

Martinson es un poeta realista si se entiende por realismo no tanto copiar a la realidad como fundirse a ella. No es extraño que exalte el amor y la infancia, estados propicios a la revelación de los poderes de la naturaleza. Lo que busca en ellos es la fuente de la espontaneidad, cegada por los hombres modernos. Realismo significa reconciliación con la naturaleza; amor e infancia, reconquista de la espontaneidad y de la imaginación; poesía, acuerdo con la vida profunda de la tierra, armonía entre el árbol, el cielo y la mujer. ¿No estamos ante una "sabiduría"? Creo que Martinson concibe su obra como un remedio mágico

contra los males contemporáneos. Pero no nos ofrece un brebaje raro; su filtro es límpido y simple como el agua. Poesía: vida filtrada. El secreto de este poeta es el de la volatinera de uno de sus poemas: "Sonreír encima de abismos." Sólo los niños, los enamorados y los sabios caminan sobre el precipicio como aquel que da un paseo por las afueras de su pueblo. A veces, a la mitad de un poema nítido como la visión de un valle pequeño, un día claro, desde la colina verde y ocre, nos sale al encuentro, vestida de cualquier modo, la diosa carnal. Nos enlazamos a esa aparición "para hacer dios". Sabemos que "la dicha tarda y no llega". No importa: "la alegría siempre está".

Lundkvist también es viajero. La curiosidad lo ha llevado a recorrer los cinco continentes: su obra de traductor, tan extensa como su obra de poeta, cubre territorios tan alejados como los de sus viajes. Cuando lo conocí, me pareció un niño que había crecido demasiado. Esto explica, quizá, su continuo vagar. Dispuestos siempre a la aventura, los niños son los únicos seres realmente libres, los únicos viajeros de verdad. Cada una de sus horas se abre a lo inesperado; cada incidente diario equivale a un descubrimiento. Los viajes de los adultos son un triste remedo de las expediciones infantiles; tomamos barcos y aviones porque no podemos "pintar venado". Todo es inútil: las siete maravillas del mundo no son aquella tarde en que nos fugamos de la escuela, aquel día de asueto y sus hallazgos. Lundkvist lo sabe. Ha visto los grandes ríos de la tierra; buscaba en ellos al arroyo de su infancia, "chico travieso corriendo por la yerba", pero en sus remolinos descifró apenas una historia ininteligible de fango y sangre.

En su actitud no hay nostalgia ni contemplación ante el espejo. Sigue siendo un muchacho travieso: la vida está afuera, en la calle y el espacio abierto. Como esos adolescentes de Stevenson y de Twain, no viaja para conocer el mundo sino para estrecharlo entre sus brazos poderosos. Su poesía es un continuo deslumbramiento, una sucesión de imágenes visuales, como si se tratase de las descargas de una artillería insólita que, en lugar de destruir, crease. Cada disparo es un árbol, una estrella, una ciudad, una mujer. Estética peligrosa: el hallazgo es el tiro por la culata de la sorpresa. Hay un momento en que el



"sobre el otoño, sobre lo otoñal"

asombro se vuelve monotonía; entonces le pedimos al poeta una verdad de pan. Por fortuna, la fantasía sólo es la mitad de Lundkvist. La otra es el corazón: amor, cólera, entusiasmo. Las imágenes se las saca del pecho. No son un símbolo sino un gesto real. Presencias instantáneas, cambiantes como todas las cosas del mundo, la energía que las anima es siempre la misma. No olvidaré esa visión de la bailarina gítana: agua que se vuelve vasija al girar, vasija que se vuelve polvo, polvo que es humo. Moral y desengaño de la metáfora. ¿Todo es humo? Todo es fuego, replica el poeta. El verdadero tema de Lundkvist es la energía vital, la fuerza anónima que rige nacimiento y muerte. No el hombre sino los hombres; no su infancia sino la de la tierra; no el mundo sino lo que mueve al mundo. Las ideas sociales de Lundkvist son, como su poesía, un vitalismo. La energía es igualitaria. Amorfa, mínima y todopoderosa, la poesía "nunca es diente o cuchillo". Es "la resurrección de la hierba en la mano".

Después del movimiento, la quietud. Contemplación y no viaje, meditación y no descubrimiento. Ekelöf no se propone recorrer el mundo sino conocerse a sí mismo, encontrar un punto de apoyo, la piedra de fundación del hombre. No es necesario salir. La habitación de siempre, la ventana, la mesa, la luz de la lámpara. Afuera hay dos nubes, cuatro pinos, una colina que amarillea. Los senderos están llenos de hojas secas. Llovió ayer y el barro se pega a la suela de los zapatos. Nos hemos vuelto más pobres pero nos quedamos con lo esencial. A pesar de sus viajes, Martinson y Lundkvist no dejan nunca de pisar tierra firme. El suelo se hunde bajo los pies de Ekelöf; los árboles y la colina se disgregan lentamente, el sol mismo vacila y cede. Las cosas pierden su apoyo: flotan, se dispersan, se desvanecen. El mundo es un caos ceniciento. Todo cae en sí mismo y no acaba de caer. La realidad se desfonda. Incoherencia: falta de fundamento. O tal vez sucede lo contrario: la conciencia está herida de muerte y no acierta a dar unidad a sus visiones. ¿Cómo saberlo?

Martinson y Lundkvist creen que "el mundo está bien hecho": lo que está mal es la civilización. Para Ekelöf el mal es más profundo. No está en la historia de los hombres sino en los hombres que hacen la historia. Es un mal incurable, una verdadera lesión del ser. Poesía que es, simultáneamente, destrucción del mundo sensible y de la conciencia que lo percibe. Pero el poeta no se limita a registrar esta paulatina evaporación de la realidad. Hay otra visión —aunque pocos la vean; otra palabra— casi indecible. Una realidad que se nos da como negación del mundo y de su sentido, esto es, del lenguaje; una poesía que es ausencia y silencio, palabra que se vuelve sobre sí misma y se destruye. Sólo queda en pie la sílaba *no*. Sobre esta negación "el mirlo canta su canción tardía". Más allá de negación y afirmación, más allá de todo sentido, el mirlo canta y su canción es, literalmente, insensata. En uno de sus poemas más intensos y complejos (*Absentia Animi*), Ekelöf nos deja entrever a qué realidad última aluden sus palabras: algo "cerca-lejano", que no es ni el mundo ni el alma, la nube o la imagen de la nube, esto o aquello. Algo que está aquí y que, apenas lo nombramos, desaparece. La canción del poeta es siempre "canción de otra cosa".

Agua (espontaneidad y cordura), tierra (muerte y resurrección), aire (palabra y silencio): falta el elemento erótico y guerrero, el fuego. El signo de Lindegren es el de Shelley y los románticos alemanes. Es el pájaro que vive en el oeste. Ni sabiduría, ni acción, ni contemplación: pasión. Elemento contradictorio, perpetuamente desgarrado y renaciendo sin cesar de su dispersión. Doble, no puede vivir sin su pareja — a condición de aniquilarla y aniquilarse. Apenas conseguida la unidad, brilla y se extingue. Es el solitario y el enamorado. La poesía de Lindegren parte, como la de Ekelöf, de la negación del significado. El mundo es prisión o desierto; no hay caminos, el horizonte se ha cerrado: la única salida es hacia arriba o hacia abajo. Como la llama, el poeta cae y se levanta. Ícaro es su patrono. Y en el otro extremo: el ahogado, buzo que explora las aguas duras de la muerte. Alas rotas y naufragios. La palabra vuela y se quiebra en astillas; el poema es un balbuceo de sílabas, la ola que cubre los despojos pálidos. Sobre esos restos se eleva, "al fin libre", la fe de la mariposa en el viento". Esta línea, aérea y simple, sostiene un mundo de significados y asociaciones. Para Lindegren la mariposa, símbolo de la metamorfosis y de la supervivencia, es lo único perdurable.

El poeta no construye sobre la piedra. Tiene fe en lo más frágil y sus poemas son castillos en el aire. La morada del hombre no está en la tierra ni en el cielo: en el aire, en pleno vuelo. "Nuestro único nido son las alas." Allá, es decir: aquí mismo



"el domingo tuvo los labios pálidos y se quedó mudo"

y ahora, partir es llegar, el tiempo es el instante, la noche es el fin de la noche, el camino es el espacio sin caminos, el movimiento es la quietud... ¿A qué aluden todas esas paradojas? A la verdad más simple e inexplicable, al hecho que todos los días se repite por primera vez: al abrazo. Poeta del desastre, Lindegren es el poeta del amor. O más exactamente: del encuentro. El lugar del abrazo es un espacio en blanco: no hay nada ni nadie sino dos cuerpos enlazados. Negación del mundo de los hombres y de su historia grotesca. La naturaleza imantada gira en torno a los amantes: mar de columnas blancas, bosques transparentes, el campo del cielo, la espiga del sol. Pocas veces la imaginación inventó tantos prodigios para un amor tan desnudo. Abandono al momento, momento de abandono. Sólo que es un abandono que recupera todo lo que hemos perdido en miles de años de estúpido ahorrar, un momento que es el tiempo mismo en su fijeza y en su fugacidad.

Hace más de medio siglo que se ha iniciado la nueva era glacial. Aquí y allá, rompiendo apenas la uniformidad de los hielos, sobreviven pequeñas manchas de verdor. Quizá la misión de la poesía, en el mundo moderno, no consiste en profetizar lo que vendrá sino en ayudarlo al hombre a resistir, a persistir. La cigarra de Martinson, la hierba de Lundkvist, el mirlo de Ekelöf, la mariposa de Lindegren son cuatro emblemas, cuatro exorcismos. En un país en donde el progreso social ha dejado de ser una aspiración inalcanzable o un pretexto de propaganda política, ¿no es reveladora la actitud de esos cuatro poetas? Por lo visto, el problema no consiste únicamente en "elevar el nivel de vida". También habría que elevar el nivel de vida, respetar su diversidad. Pero algo más que la negación define a estos poetas. Dije al principio que un centro invisible los unía. ¿Ese centro no se llama Memoria? No sé. Ninguno de ellos tiene nostalgia del pasado, ninguno quiere regresar. Todos sabemos que no hay regreso. El poeta no es la memoria de lo que fue sino de lo que es. A la manera de los cuatro puntos cardinales, estos poemas apuntan hacia un centro fijo: nuestro origen.